



REGLA PRÁCTICA  
DE LA VIDA SOBRENATURAL

---

*Non progredi, regredi  
est.*  
No adelantar es retro-  
ceder.

I

**E**s ley del orden natural que la vida se manifieste en el movimiento. Para definir la materia inerte y sin vida, el reino mineral, por ejemplo, decimos que es lo que carece de movimiento. Todo lo que tiene vida, se mueve: las plantas, los árboles se mueven continuamente con movimiento de ascensión y de expansión; hasta las aguas, con no tener vida, cuando no se mueven, se corrompen, y el fuego no puede durar sin la corriente de aire que eleva las llamas al cielo.

Otro tanto sucede en el orden intelectual. El que no aprende nada, el que no establece un como flujo y reflujó diario de su inteligencia á los conocimientos que ha de adquirir, y de estos conocimiento á su inteligencia, llegará á ser un ignorante: la memoria

sólo se aumenta con el ejercicio, se ha dicho con mucha verdad hace ya largo tiempo.

Esto mismo sucede en el orden sobrenatural. Dios es uno, y todas las leyes generales que ha establecido siguen un mismo curso y ofrecen los mismos caracteres: sólo las modifica según el orden en que han de obrar. El signo de nuestra vida sobrenatural será, pues, el movimiento hacia adelante, el progreso.

Este movimiento debe dirigirse hacia la perfección, y como nunca podremos llegar á ser perfectos, jamás ha de cesar. Las instrucciones que nos da Jesucristo acerca de la perfección, prueban que este movimiento hacia adelante es necesario; sus mismas palabras lo atestiguan. «Venid—dice,—seguidme; caminad mientras tengáis la luz.» Y en la antigua ley dijo Dios á Abraham: «Camina en mi presencia, y sé perfecto.»

Nuestros pasos en la vida espiritual han de encaminarse hacia la perfección de Jesús, copia acabada y perfecta de la perfección del mismo Dios: «Sed perfectos como es perfecto mi Padre celestial.» Y siendo imposible llegar á esta perfección, claro es que debemos caminar siempre: jamás hemos de detenernos, creyendo que hemos llegado ya á este término.

Los medios que para alcanzar la perfección nos propone Jesucristo son la observancia de la ley y de los consejos evangélicos.

Todos estamos obligados á guardar la ley, pero los religiosos están obligados además, por obligación de vocación, á observar los consejos evangélicos.

¿Mas no deberán las personas piadosas que viven en el mundo aplicarse á la observancia de los con-

sejos? Es indudable que, absolutamente hablando, no están obligadas á la práctica de estos consejos. Mas he aquí el peligro en que se ponen tales personas con atenerse sólo á la ley y no practicar los consejos. Si os contentáis con cumplir la ley, podría decirseles, bien está: el pecado sólo consiste en la infracción de la ley: y no siendo ley los consejos, como su mismo nombre significa, no pueden obligaros so pena de pecado. Esto es muy claro. Mas de repente se desencadena una violenta borrasca; el demonio lanza contra vosotros sus escuadrones; las tentaciones que os asaltan son cada vez más frecuentes é imperiosas. ¿Cuánto tiempo resistirá vuestra alma, tan solo defendida por el baluarte de la ley? No mucho, ciertamente. La primera brecha que se abra en la plaza, será decisiva, y la entregará al enemigo. Pero si estuvierais amparados del triple muro de la devoción, de la oración habitual y de la ley, antes que el enemigo destruyera estas tres defensas, tendríais tiempo de acudir á Dios pidiéndole socorro y diciéndole: *Domine, salva nos, perimus!*

Los religiosos están obligados á la observancia de los consejos por sus votos y por su regla, que es la expresión de ellos. Pero la misma regla no prescribe explícitamente toda la perfección posible. Si el religioso se atiene simplemente á la letra de ella y no penetra en su espíritu; si no procura constantemente llegar á toda la perfección que implícitamente contiene, es decir, á la misma perfección de Nuestro Señor, le acontecerá una desgracia semejante á la que he anunciado á las almas piadosas del siglo, que quieren atenerse sólo al cumplimiento riguroso de la ley: será el cadáver de un religioso.

Es, pues, necesario, sean cuales fueren las cir-

cunstances en que nos hallemos, no satisfacernos nunca con lo que poseemos, sino progresar siempre: el detenernos sería señal de decadencia y muerte próxima, como la bala, cuando ya no sube, infaliblemente desciende y cae en la tierra.

Acaso me diréis: «¡Esta doctrina espanta! ¿Muer-tos si no adelantamos? ¡Pero si no sabemos si progresamos ó retrocedemos! ¿En qué podremos cono-cerlo?» He aquí algunas señales.

## II

¿Os habéis propuesto cultivar alguna porción de-terminada del campo de la perfección? ¿Habéis fijado con precisión el defecto que debéis combatir ó la virtud que habéis de adquirir? Si lo habéis hecho así; si tan pronto como habéis acabado por una parte empezáis por otra, nada temo por vuestra suerte, porque esto es señal cierta de que progresáis. La prueba es que cuando sois fervorosos sabéis decir: es evidente que carezco de tal virtud; tal vicio me afea, como una zarza afea un campo. Y al punto os imponéis la obligación de extirparlo, y no descansáis hasta que habéis conseguido vuestro deseo. Examinaos á vosotros mismos y veréis confirmada esta verdad por vuestra propia experiencia.

Pero si, por el contrario, decís: «No tengo empeño en practicar ninguna virtud en particular; prefiero vivir unido con Nuestro Señor de un modo general, no siento la necesidad de determinar ningún acto de virtud particular que haya de practicar: to las ellas las practicaré según se me ofrezca ocasión propi-cia.» Este es el lenguaje de la pereza; y esa ocasión

de que habláis, nunca llegará según vuestro juicio. Así hablamos cuando la tibieza nos domina, cuando nos falta valor para hacer uso del hacha y de la segur.

«Yo amo á Dios, decís;» pero si en esto os quedáis, perezosos sois, y vuestras buenas intenciones y vagos deseos os perderán. Estos deseos condenan al perezoso, pues el infierno está empedrado de buenas intenciones, que por pereza y cobardía no han llegado á ser buenas obras: flores de otoño que no dan fruto porque carecen del calor vivificante del sol del amcr. Semejante conducta es cobardía y bur-la en el fondo. La perfección no se alcanza de una vez: es una mina que sólo de vez en cuándo muestra un escaso filón, después de haber ahondado mucho y durante mucho tiempo. ¿Qué diríais de un niño que, habiendo protestado de amor á su madre, se negara á mostrarle con obras este amor y á prevenir con solicitud sus deseos? Os parecería que no ama ver-daderamente á su madre, ó que si la ama es por su propio provecho personal; le tendríais, con razón, por egoísta. ¡Cuántas son las almas que padecen ilusio-nes en este punto! «Amo á Dios, dicen muchos, y es-toy dispuesto á seguir su voz.» Sí; pero con la con-dición de que no me mande cosa alguna, añaden en lo íntimo del corazón, aunque no lo declaren. Este es el estado vago é indefinible del alma que después de concebir buenos propósitos y ponerlos por obra, viene á dar en la tibieza. Confiada en el valor de sus antiguas resoluciones, no se ha tomado el traba-jo de renovarlas ó de formar otras nuevas, según sus nuevas necesidades, y vive dispuesta vagamen-te á todo, según se ofrezca la ocasión, pero nunca las pone por obra. Examinaos interiormente, acor-

daos de vuestros días de tibieza, y tocaréis con el dedo la verdad de cuanto acabo de deciros.

Decía San Bernardo á sus religiosos que *Non est perfectum nisi particulare*. No se llega á la perfección sino particularizando, paso á paso. Y eso que ellos vivían en el fervor de la Orden, que acababa de ser reformada. Sabía muy bien este gran Santo que luego que el fervor nos hace combatir contra un enemigo determinado, viene la tibieza, y so pretexto de combatirlos á todos á un mismo tiempo, nos hace á pesar nuestro entrar en tratos con todos ellos.

El mismo medio de huir de este lazo es volver á nuestra primera resolución particular. Después de haber censurado el Señor á uno de los siete Obispos del Apocalipsis que empezaba á relajarse, le dice: «Vuelve á tus primeras obras, comienza de nuevo lo que al principio hacías;» *prima opera fac*; porque aunque todavía parezcas bueno á los ojos del mundo, ya no tienes el fervor que al principio tenías; si no, yo vendré y te derribaré.» Sí: prefiero ver en vosotros algun defecto, con tal que trabajéis por combatir algun vicio particular y concreto, que no que los combatáis todos á un mismo tiempo, cosa que en realidad es nada, y estéis libres de aquel defecto.

2.<sup>a</sup> La segunda señal no excluye la precedente, antes la presupone: consiste en desear el alma sincera y eficazmente ser cada vez mejor y temer de un modo eficaz ofender á Dios; temor que nos induce á huir con gran solicitud aun las más leves faltas. Esto mismo daba á entender Nuestro Señor cuando decía: *Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam*. «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia.»

Esta señal muestra un progreso más rápido que la primera: debemos, pues, procurar sentir este hambre divina. Acaso me diréis que no hay semejante obligación. Mas si creéis que habéis hecho ya ó que hacéis bastante, indignos sois de arrodillaros en la presencia de Dios sobre este reclinatorio. ¿Acaso creéis haber llenado la medida para con un Dios que os ha amado hasta lo infinito? Si quizá ni siquiera habéis podido pagar á Dios con vuestras obras las deudas de estricta justicia, ¿qué será de las de amor? ¡Desdichado aquel que se da por satisfecho con sus obras, porque al punto se detiene y retrocede!

Notad la diferencia que media entre este hambre de justicia, entre este vivo deseo de ser santos, y el deseo de que arriba hemos hablado: aquel es una especie de satisfacción, de contento, de confianza en sí, que desdeña buscar los medios de adquirir las virtudes, y espera que se le ofrezcan las ocasiones de practicarlas; éste, por el contrario, busca las ocasiones y las procura por mil caminos, pues las industrias del amor son innumerables.

3.<sup>a</sup> Finalmente, estos signos no siempre pueden percibirse á primera vista: está á veces el cielo tan obscuro, es tan violenta la tempestad, que con dificultad podemos distinguirlos en nuestra alma. ¿Cómo sabemos en tales casos si adelantamos ó retrocedemos en el camino de la virtud?

Tales estados son siempre poco duraderos, y vienen para purificarnos. De mucho provecho sirve que de vez en cuándo creamos que no hemos hecho nada bueno, porque este pensamiento es aguijón que nos estimula á redoblar el paso. Pero siempre, aun en medio de las tinieblas, aunque caigan sombras en nuestra conciencia, hay en el fondo cierta seguridad

de que no retrocedemos; y esta seguridad, que nos mantiene en paz en lo más íntimo de nuestra alma, es el tercer signo de nuestro progreso; porque es claro que si asaltados y combatidos por doquiera estáis íntimamente ciertos de que no retrocedéis, esta certeza se fundará en motivos sólidos.

Permaneced, pues, tranquilos respecto á estas tentaciones y á vuestros progresos, que esta tercera señal es la más segura y casi infalible.

No adelantar es, pues, retroceder; y retroceder es estar ya muertos, haber perdido todo lo que á costa de tanto trabajo habíamos adquirido. Veamos, pues, si vamos hacia adelante, ó sí, por el contrario, nos detenemos: usemos de los tres medios que os he indicado para hacer esta investigación: si alguno de ellos no da resultado, otro nos servirá. Tomemos resoluciones concretas, bien determinadas, de corregir nuestras faltas, ó de adquirir las virtudes de que carecemos; añadamos á este primer fundamento un ardiente deseo de amar cada vez más, y de huir hasta las más leves apariencias de pecado: de esta suerte progresaremos sin cesar jamás, hasta que lleguemos á la patria celestial, donde cesará el progreso, porque estaremos en Dios, y más allá de Dios es imposible progresar.



## INDICE

	<u>Págs.</u>
Censura eclesiástica.....	5
Prefacio de la primera edición francesa.....	7
El espíritu de la Comunión.....	17
Directorio para la preparación.....	21
El estado de gracia como preparación para recibir la sagrada Comunión.....	27
El deseo de recibir la sagrada Comunión....	35
La preparación que procede del Espíritu Santo.....	41
El Santo Sacrificio.....	47
Método para oír Misa meditando la Pasión de Jesucristo.....	53
Método para dar gracias después de la Comunión.....	69
La extensión de la Eucarnación.....	77
El Pan de vida ...	83
La Comunión, maná de los elegidos.....	89
La sagrada Comunión es gozo del espíritu... ..	95
La Comunión y la ley del amor.....	103
El Sacramento de la bondad de Dios.....	111
El Sacramento de vida.....	117
La rehabilitación por medio de la Eucaristía.	123